

CALVO MATURANA, Antonio (2015)  
*Impostores. Sombras en la España de las Luces*  
Madrid: Cátedra. «Historia. Serie Mayor», 396 p.  
ISBN 9788437634210

¿Qué empujaría a un rey a disfrazarse de vagabundo para presentarse en su propia casa tras veinte años de ausencia? Esta es la artimaña que emplea Odiseo, siguiendo el prudente consejo de la diosa Atenea, para averiguar cuál es el estado de su reino y su familia antes de darse a conocer, en la famosa *Odisea*. Se trata solo de uno de los numerosos relatos sobre la suplantación de personajes que recoge la mitología griega, pues el fenómeno de la impostura se remonta a las primeras civilizaciones, y también la literatura y la historia han estado plagadas de impostores desde sus inicios y hasta la actualidad.

El presente libro de Antonio Calvo Maturana se centra especialmente en los casos de impostura acaecidos en España en el siglo XVIII, aunque abarca toda la Edad Moderna y los inicios de la Contemporánea, y también narra ejemplos de personajes de otros países europeos. En este contexto las imposturas constituían una forma de escapar del rol impuesto por la inmovilista sociedad estamental católica del Antiguo Régimen. Aunque la movilidad social existía, era limitada, lenta, costosa y solo alcanzable por unos pocos apellidos. La promoción social individual era mucho más complicada y solo era posible mediante la emigración a América, el ingreso en instituciones como el ejército o la Iglesia y la carrera educativa y administrativa. En la práctica, la mayoría de la población pobre estaba condenada a permanecer en el estrato social donde había nacido. El fenómeno de la impostura era, pues, un método de ascenso social para todo aquel individuo que no aceptaba la posición en la que había nacido y aspiraba a un estatus, un reconocimiento y unos bienes que la sociedad estamental le había negado. De ahí que el impostor nunca sea

un revolucionario, sino solo un transgresor, pues no aspira a modificar la sociedad en la que vive, sino a mejorar su posición en ella. El autor no olvida señalar que, aunque hay casos muy llamativos en cuanto al grado de promoción social logrado o en cuanto a los disfraces usados, lo habitual era que la impostura solo aportara una pequeña ganancia económica o bien un aumento del prestigio social y del grado de influencia. Incluso en ocasiones la farsa buscaba rebajar la posición social para conseguir un objetivo puntual, como ocurre en el mencionado caso de Odiseo, o a veces simplemente el farsante disfrutaba ejerciendo el arte del engaño.

El mayor mérito del autor es evidenciar que el fenómeno de la impostura trasciende el ámbito meramente anecdótico. Calvo Maturana no cae en la historieta ni el cotilleo, sino que trata cada uno de los casos expuestos rigurosamente desde la perspectiva sociopolítica y cultural de su época, buscando y analizando la razón o razones que llevaron a cada persona a fingir lo que no era. Las motivaciones de los farsantes, aunque siempre han sido múltiples, invariablemente han estado sujetas al marco histórico en el que vivía cada uno de ellos, pues «el impostor sólo tiene cabida dentro de la sociedad en la que vive, por lo que cada época tiene sus propios modelos de impostura». De este modo cada personaje constituye una herramienta para profundizar en el mundo en el que vivía.

Repetidamente el autor procura evitar que el lector, cediendo a la sensación de superioridad presentista y al anacronismo, subestime a aquella sociedad engañada y aparentemente ingenua e ignorante, e insiste en que se debe comprender aquel contexto histórico, donde la masa popular carecía de cultura empírica y de métodos

objetivos y el límite entre la realidad y la fantasía no estaba todavía claro. En dicha época el éxito de la empresa no dependía de la falsificación de un documento, como ocurre en la actualidad, sino que la capacidad del farsante de emular la imagen y el comportamiento de la persona a la que pretendía suplantar eran la clave para convencer al público. Pese a que el Estado se afanó en extender el uso de documentos identificativos, el tipo de vestimenta, las insignias y los modales no solo continuaron siendo fundamentales para presentarse en esa sociedad estamental dominada por la «cultura de las apariencias», sino que imperaron sobre aquellos. Tan importante era la vestimenta para identificar al tipo de colectivo que lo usaba que el mismo Estado absolutista se preocupó de categorizarlo, legislarlo y penar su incumplimiento. Cada marco histórico y cultural requería aptitudes distintas por parte del embaucador, por lo que los impostores son reflejo de su época. La investigación que realiza Calvo Maturana de casos de impostura mediante los expedientes judiciales y la aproximación que hace a las motivaciones de cada uno de ellos nos abren una puerta al conocimiento tanto de la moralidad y la legalidad de la época como de los anhelos, los miedos, las aspiraciones y las frustraciones que embargaban a los individuos de cada lugar, sexo y condición.

Las múltiples razones que existían para realizar una impostura, unidas al hecho de que no siempre eran excluyentes, dificultan su análisis. Por eso el autor ha estructurado el libro en cinco capítulos que presentan diferentes modelos de impostura según los distintos estratos sociales y sus móviles. Previamente, en un primer capítulo el autor nos sumerge en la cultura de las apariencias y en la legalidad promulgada en la época para evitar el engaño. El primer modelo de impostura que nos presenta es el que pretende suplantar a miembros de la realeza y la nobleza. Las suplantaciones regias (como la de Gabriel Espinosa, conocido como el «Pastelero de Madrigal») tenían la

particularidad de ser conspiraciones colectivas, de requerir apoyos y de sumar las aspiraciones políticas a las sociales o culturales. Las crisis dinásticas, las guerras civiles y los conflictos religiosos propiciaron la aparición de falsos aspirantes al trono que, en muchos casos, poseían un fuerte matiz mesiánico que calaba en la sociedad y lograba el apoyo popular, especialmente en épocas de descontento social. Por su parte, las imposturas nobiliarias (como la de Mary Carleton) solían tener como objetivo el disfrute de algunos de los privilegios de ese estamento. El segundo modelo, el de los impostores eclesiásticos, tenía como atractivo la incorporación a una institución respetada que monopolizaba los momentos más importantes en la vida de una persona, dominaba la educación, estaba abierta a las clases bajas (por lo que no siempre requería una elevada preparación) y permitía, como mínimo, vivir con modestia. Este apartado incluye un caso tan célebre como el de Francisco Mayoral, que fingió ser cardenal y arzobispo de Sevilla y Toledo, y cuyas peripecias el autor logra, de forma sorprendente, alargar cronológicamente gracias a documentación inédita. El tercer modelo de impostura, el de los espías, aventureros y conspiradores, es el más variopinto e incluye andanzas como las de Alí Bey, un español que viajó por África y Asia disfrazado de musulmán y cuya obra constituye una prueba más del paternalismo con el que los europeos se referían a menudo al resto de culturas del mundo. El cuarto modelo de impostura, el de las mujeres disfrazadas de hombre (y viceversa), es sin duda el más ameno y, a ratos, tragicómico. Lo interesante es observar cómo este tipo de impostura era causa directa, en la mayoría de casos, de la sociedad patriarcal. La mujer se disfrazaba de hombre para poseer, automáticamente, una serie de privilegios vetados para su sexo, como el de poder ejercer «oficios de hombres». Es significativo cómo las autoridades, una vez descubiertas esas mujeres travestidas, reconocían su valía como médicos (el caso de Enrique-

ta Faber) o miembros del ejército (como la Monja Alférez) o de la marina (como Ana María de Soto), e incluso se las premiaba, pero nunca extrapolaban sus «capacidades masculinas» al género femenino, sino que se las trataba como casos singulares y, rápidamente, se las obligaba a retomar su condición de mujer. Por último, el autor hace referencia a los impostores que simulaban «regresar» a casa, como hizo el famoso Martín Guerre, célebre ya por el brillante estudio de la historiadora Natalie Zemon Davis. En todos los capítulos se describen

profusos y variados ejemplos, siempre basándose en documentación de archivo aderezada con leyes y opiniones de teóricos de la época.

En definitiva, Calvo Maturana ha elaborado una obra original, muy documentada y de lectura ágil, que narra la construcción de la imagen de la impostura a través de cinco ejes vertebradores que permiten dilucidar, por un lado, el funcionamiento de la sociedad del Antiguo Régimen y, por otro, la mentalidad de los diferentes estratos sociales de la España de las Luces.

*María Aguilera Fernández*

Universitat Autònoma de Barcelona

<http://dx.doi.org/10.5565/rev/manuscris.76>

